

LETRAS AL MARGEN

Todas las muertes

✦ EDUARDO ANTONIO PARRA

Y escribo “fantaseado” porque el tema no da para creencias firmes, a pesar de que en diversas etapas de la historia y en algunas culturas creyentes en la reencarnación se le considera una cuestión de fe. Y también escribo “personajes reconocidos por la historia” porque, al tratarse de simple fantasía ningún hombre y ninguna mujer piensa que en sus vidas anteriores fue lo que llamamos “un Don Nadie”. No, si se trata de imaginar que tuvimos otras vidas antes de la presente, es preciso que esas vidas hayan sido intensas, heroicas, decisivas para el devenir de la humanidad. Si no, no nos causarían interés.

Se han escrito libros al respecto, novelas y relatos; y se siguen escribiendo. Se han filmado películas, y se siguen filmando. Quizá se trate de las pocas fantasías extendidas a todos los seres humanos. Tal vez tenga algo que ver en esto la desmemoria en que vivimos en la actualidad: como ya casi nadie recuerda a sus antepasados y lo que éstos hicieron, como ya no existe curiosidad por los árboles genealógicos ni por las historias familiares remotas, cuando advertimos en nosotros mismos algún rasgo de carácter o de conducta que no sabemos a qué atribuir, entonces echamos a volar el magín para llenar ese hueco con características prestadas de algún

Siempre me ha parecido curiosa la obsesión de ciertas personas por lo que llaman “sus vidas anteriores”. Cuando alguien saca el tema en una sobremesa, o en alguna reunión, casi todos los presentes tienen algo que decir al respecto, lo cual indica que han pensado o fantaseado en el asunto por lo menos una vez, tratando de desentrañar qué personajes reconocidos por la historia pudieron haber sido ellos en tiempos pretéritos.

personaje histórico. Así, no es extraño escuchar a alguien decir: “No sé por qué me gustan tanto las películas bélicas, si en mi familia nunca ha habido militares. Seguro en otra vida fui un gran general. A lo mejor fui Napoleón”. O “Yo creo que fui el Marqués de Sade, porque no puedo pensar sino en sexo, sexo sucio”. Y en vez de la respuesta lógica, que sería algo así como: “Lo que pasa es que simplemente eres un cachondo enfermo”, de inmediato comenzamos a buscar en la mente un personaje antiguo que no quede atrás del mencionado, como si se tratara de una competencia.

Es casi imposible escuchar declaraciones como: “Yo creo que en otra vida fui un esclavo que trabajaba de sol a sol, recibiendo varias tandas de latigazos al día y viviendo siempre al borde de la inanición”. O “Yo estoy seguro de que fui una prostituta del puerto en Atenas, que mi madre me vendió a un tabernero porque no tenía cómo alimentarme y fui abusada por pelotones enteros de hombres constantemente hasta que morí de varias enfermedades venéreas antes de cumplir los veinte años”. No. Si creemos que vivimos vidas anteriores, tuvo que haber sido en condiciones óptimas, de felicidad sostenida y con todas las ventajas de nuestra parte. Nada de trabajos, nada de sufrimientos, nada de tragedias. Y, por supuesto, aparte de un deceso heroico

en un campo de batalla durante una guerra de conquista, o mordidos por un áspid oculto en una cesta de higos como Cleopatra, es difícil que alguien “recuerde” —imagine o fantasee con ella— la muerte o las muertes que tuvo en esas otras vidas que vivió. Es lógico. Nos gusta la vida y jamás pensamos en su fin. No queremos saber ni cuándo, ni mucho menos cómo.

Sin embargo, aunque parezca una perogrullada, si tuvimos otras vidas también tuvimos sus respectivas muertes. Y si experimentamos “en carne propia” el fin de esas existencias, ¿no valdría la pena hacer el esfuerzo de imaginarlas, de tratar de “recordarlas”, con el fin de aprender algo de ellas? ¿Por qué no jugar ese juego de la fantasía para poder acercarnos a la develación del mayor misterio al que todos estamos condenados? Es cierto, podría ser desagradable, pero lo desagradable por lo regular nos deja una enseñanza, nos hace más sabios, aun cuando se trate tan sólo de algo imaginario. Si, por ejemplo, alguien de nosotros cree, o está convencido, de que en una de sus vidas anteriores fue Napoleón, ¿por qué quedarse únicamente con la gloria militar, que ahora no sirve ya para nada, en vez de recorrer el camino completo e intentar saber cómo murió, cuáles fueron sus últimos pensamientos, qué fue lo que más extrañó en el instante último y qué cosas le faltaron de hacer? Y

LA MUERTE ES LA NARRACIÓN COMPLETA DE UNA EXISTENCIA.

aquí no importa resolver el dilema de si Napoleón murió envenenado por algún enemigo con arsénico o sucumbió ante cierta enfermedad, sino meterse en la cabeza del personaje en sus últimos minutos o segundos, con el fin de detectar cuáles fueron sus principales errores y tratar de corregirlos ahora, en nuestro respectivo devenir.

Quizá se trate de una tarea demasiado difícil, nada divertida y, como ya lo anoté, demasiado desagradable. Es uno de esos esfuerzos que preferimos dejar a los novelistas, pues al fin y al cabo ése es su trabajo. Reconstruir una vida de principio a fin, con todos sus detalles, con sus aspectos agradables e insoportables, con sus cortos periodos de felicidad y sus larguísimas etapas de miseria, con sus logros y fracasos, con sus explosiones de euforia y sus depresiones, con sus amores y desamores puede ser agotador pero al mismo tiempo bastante edificante: al hacerlo, al seguir el camino de la imaginación, podríamos compararla con la que estamos viviendo ahora, establecer paralelismos y encontrar soluciones que nos han pasado desapercibidas en nuestra experiencia actual. Pero para que tal ejercicio resulte eficaz, estoy convencido de que hay que invertir el esquema temporal y no iniciar con el nacimiento y la niñez, sino al contrario: partir de la muerte y recorrer el trecho en retrospectiva, como se nos cuenta la historia del protagonista en aquel relato de Alejo Carpentier titulado “Viaje a

la semilla”. ¿Por qué? Tal vez tan sólo para variar la perspectiva con objeto de contemplar detalles que en una visión lineal podrían permanecer ocultos. ¿Por qué? Porque no tengo ninguna duda de que uno conoce mejor a un ser humano por su manera de morir que por su situación al nacer o al empezar a vivir. Un nacimiento es tan sólo una esperanza: no nos dice nada. La niñez, lo mismo. Pero una muerte nos lo dice todo de quien muere: nos da atisbos de su biografía completa, nos deja al descubierto su modo de ser, de pensar y de actuar. La muerte es la narración completa de una existencia.

Ahora imaginemos un hombre o una mujer, no importa el sexo. Un personaje. A diferencia de quienes abordan el tema en cualquier reunión como parte de su diletantismo, esta persona sí recuerda en realidad sus vidas anteriores. Vidas, tal vez, comunes y corrientes. En una, muy remota, fue una de las seis esposas de un cazador en cierta aldea perdida de África central. En otra fue un marino egipcio acostumbrado a recorrer en una cáscara de nuez el mar Mediterráneo. En otra, un labrador germano que debía abandonar la siembra para ir a la guerra al llamado de sus jefes. En otra, un niño medieval que no llegó a la juventud a causa del hambre. En otra, un macehual capturado por guerreros aztecas. En otra, un sacerdote italiano con parroquia en un pueblo montaños. Y la última que recuerda es la de un indígena australiano habitante de un caserío en medio del desierto. Nada emocionante, vidas sin ningún prestigio. Nuestro personaje

—pongamos que es una mujer— ahora es una secretaria solterona en una pequeña empresa, suele estar de mal humor casi siempre, según los demás, aunque en su interior no hay ira, sino tan sólo tristeza. Los recuerdos de sus vidas anteriores asaltan su mente como relámpagos cada vez que está desocupada, o en los momentos que preceden al sueño o los que siguen al despertar. Se trata de imágenes muy vívidas. No habla de ello con nadie, pero lo tiene siempre presente.

En su cotidianidad no hay falsas esperanzas: es una mujer realista. Tampoco ilusiones, aunque no las necesita: cuenta con sus recuerdos. Sin embargo, se sabe sabia, con un conocimiento superior al de la gente que la rodea, porque ha “experimentado en carne propia” varias maneras de morir: primero murió atacada por un enorme felino sin que su marido cazador pudiera salvarla; después murió ahogado en un naufragio; en una acción de guerra; de inanición; en la piedra de los sacrificios a Huitzilopochtli; de viejo, en olor de santidad y rodeado de fieles; despeñado con su tribu en un acantilado por conquistadores anglos. Sabe lo que es el dolor, el hambre, el peligro, el miedo. Nada la sorprende. Es una mujer sabia. Un “alma vieja”, como dicen algunos espiritualistas. No tiene a nadie cerca, en la intimidad, pero la gente busca sus consejos. Vive en paz.

¿Por qué no? No tiene que ser por fuerza un argumento literario o cinematográfico. Acaso valga la pena que la próxima vez que alguien en una reunión empiece a “recordar” sus vidas pasadas, alguien le responda con el recuerdo de todas sus muertes. Nomás para ver qué cara pone. ☪